

Ignacio de Loyola

Caballero andante a lo divino

P. José Luis Torres-Pardo CR

Hay todo un misterio que envuelve a ese gigante en santidad, llamado Ignacio de Loyola, razón por la cual es tan poco y mal conocido, tan odiado por los hijos de las tinieblas y tan "impopular" para el ambiente de mediocridad y superficialidad, que caracteriza a la sociedad actual.

¡Ignacio de Loyola!

Estamos ante un verdadero prodigio de la naturaleza y de la gracia, ante una personalidad tan viril como exquisita, adornada de cualidades naturales fuera de lo común, y de dones sobrenaturales por los que ascendió como águila hasta las cumbres de la vida mística; y todo ello como encubierto por un velo de austeridad, de humildad y de silencio que nos deja maravillados y perplejos, con un deseo irresistible de penetrar en su interior y, al mismo tiempo, con una amarga sensación de impotencia.

¡Porque san Ignacio es un monumento a la grandeza, su heroísmo alcanza una dimensión realmente patética, y su amor a Dios, junto con el desprecio de sí mismo, llega hasta la "locura"!

Al contemplar su hierática figura, se siente la presencia fuerte y trascendente de "la su divina Majestad": Por eso san Ignacio es la encarnación viviente de la Realeza de Cristo.

Con el tiempo, aquel ilustre y bravo gentilhomme de la corte de los Reyes Católicos, se convierte, tocado de la gracia, en andante peregrino; el peregrino se convierte en santo; y el santo en fundador y reformador, incluso, en profeta para nuestro tiempo.

Dentro del gigante se esconde el niño; dentro del pordiosero, el noble hidalgo; dentro del guerrero, el poeta; dentro del solitario, el apóstol; dentro del asceta, el místico; dentro del fundador, el padre amorosísimo.

A medida que nos adentramos en las profundidades de esta alma hermosa, la admiración se convierte en devoción y, finalmente, la devoción en ternura.

Es necesario tiempo para llegar, con la divina gracia, a una santa familiaridad con "el padre maestro Ignacio" (como le llamaban sus primeros compañeros) y descubrir esa dulce, amorosa y fecunda paternidad, de la cual participamos, aunque remotamente y por vía indirecta, quienes nos gloriamos de ser también sus hijos.

San Ignacio guardó varios "secretos" que llevó consigo a la tumba, por "culpa" de su excesiva (¡y envidiable!) humildad... como, por ejemplo (antes de su conversión) el nombre de aquella excelsa dama de sus amores (cosa, por lo demás, sin mayor importancia); una vez convertido, el impresionante rapto de Manresa, que duró una semana; y, al final de su vida, las misteriosas "loqüelas" o comunicaciones divinas durante la celebración de la santa Misa.

No obstante el carácter reservado de Ignacio, su profunda humildad, y la parquedad en palabras para comunicar su experiencia de Dios, hay muchos, muchísimos tesoros para explorar...

I

Y es lo que vamos a intentar a continuación, comenzando, a modo de introducción, por analizar el *substrato geográfico, histórico y psicológico* de nuestro Santo, que nos ayudará a captar mejor su personalidad, su santidad y su actividad, reducidas a una resplandeciente unidad.

Iñigo de Loyola vio la luz y vivió los primeros años de su infancia en la casa-torre de la villa de Azpeitia (al norte de España), rodeada de montañas y de abundante vegetación, henchida de aire puro y aislada de la civilización urbana... en suma, un lugar ideal para la vida contemplativa y la pureza de costumbres.

Junto al caserío de los Loyola se hallaba una ermita, a la cual solía acudir el pequeño Ignacio para rezar a los pies de la Virgen nuestra Señora y a la cual, según la tradición, saludaba con una "Salve" siempre que pasaba delante de ella.

En ese ambiente señorial y caballeresco, entre piedras recias y grandes muros, admiraría con orgullo los trofeos y recuerdos bélicos, las espadas y escudos de armas de las hazañas logradas por sus antepasados...

En la capilla del castillo, lujosamente adornada, veneraría las tradicionales reliquias de los santos, y, en particular, un bello cuadro de la Anunciación del Ángel a nuestra Señora, regalo de la muy católica reina Isabel.

En la nutrida biblioteca no podrían faltar los clásicos libros de piedad, como las meditaciones de la vida de Cristo, la vida de los santos, el Tomás de Kempis y otros por el estilo, testigos de la educación profundamente religiosa que recibió san Ignacio en su niñez.

En cuanto al *ambiente histórico*, el Santo nace en la "época grande", el "siglo de oro" español, del cual fue, tal vez, la más viva personificación, junto con otros colosos en santidad, de aquella España imperial y eterna, cuna de héroes, de artistas y de santos.

Sirvió en su mocedad como gentilhombre del virrey de Navarra y como paje en la corte de los Reyes Católicos, y del gran emperador Carlos V.

San Ignacio nace "a caballo" entre dos edades: la media y la moderna, como un símbolo de la síntesis entre la sagrada tradición y el verdadero progreso.

Es el representante genuino de la auténtica Reforma de la Iglesia y de la consiguiente Contrarreforma (frente a la pseudorreforma de Lutero, de Calvino, de

Erasmus y de Enrique VIII de Inglaterra), dentro del marco imponente del sacrosanto Concilio de Trento, para cuya magna asamblea nombró como teólogos, a pedido del Papa, a tres de sus hijos más calificados.

Es la época de la reconquista de Granada a la Media Luna y del descubrimiento, conquista y evangelización de la América hispana.

Es la época de la Cristiandad y de las Cruzadas, la época en la que la Iglesia en España daba a luz a tres ínclitas órdenes religiosas: Dominicos, Carmelitas reformados y los hijos de san Ignacio.

¡Toda España como un hervidero, un volcán, un pentecostés de fe, de fervor, de sabiduría, de arte y belleza, de expansión misionera!

En aquel clima de ideales, de creatividad y de grandeza, fue Dios preparando, templando, adiestrando al caballero Iñigo de Loyola, para una misión trascendental, que marcaría nuevos rumbos a la historia de la Iglesia y de la humanidad.

Tenía razón el célebre historiador Menéndez y Pelayo al afirmar que “ningún caudillo, ningún sabio, influyó más poderosamente en el mundo”. Y que “*si América es católica y otra media Europa no es también protestante, a él (san Ignacio) principalmente se debe*”.

Detengámonos ahora en el **aspecto psicológico** o humano de san Ignacio.

Podríamos sintetizarlo en cinco rasgos característicos:

a) En primer lugar, el **caballero**.

Dice “el peregrino”, al comienzo de su Autobiografía, que “hasta los veintiséis años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra” (A 1)... y que “era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballería” (A5).

Defendió heroicamente el sitio de Pamplona contra los franceses, siendo gravemente herido. Cual otro Jacob, herido por el ángel de Dios; o como Saulo, reprendido por Jesús, camino hacia Damasco, nuestro Ignacio fue igualmente herido por una bala de cañón en su pierna derecha, pero mucho más herido de amor por la gracia santificante, hasta el total olvido de sí mismo para ser olvidado y entregarse a los demás.

Una vez repuesto y convertido, “fuese su camino a Montserrat, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios... y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante del altar de nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo... Y después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia, en el altar de nuestra Señora” (A 17).

“La víspera de nuestra Señora de marzo, en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido (de peregrino) y se fue ahincar de rodillas delante del altar de nuestra Señora; y, unas veces de esta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche” (A 18).

¡Así fue investido como loco caballero del amor, al servicio de su Rey eterno y Señor universal!

Cruz y fierro, la tradición cristiana,
desde su origen prístino reunía
el ascetismo y la caballería
en equilibrio de sapiencia humana.

Admirador, servidor y defensor, durante varios años, de los reyes de España, y tocado de la divina gracia, fue un apasionado por el supremo ideal de “*conquistar todo el mundo y todos los enemigos*” (E 95), a las órdenes de Cristo Rey, y así entrar en la gloria del Padre.

“Si alguno no aceptase la petición de tal rey -dice san Ignacio- ¡cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero!” (E 94).

En la segunda adición de la primera semana de los Ejercicios, "cuando me despertare -dice- trayéndome en confusión de mis tantos pecados, poniéndome ejemplos, así como si un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergonzado y confundido en haberle mucho ofendido, de quien primero recibió muchos dones y muchas mercedes" (E 74).

¡La verdad es que san Ignacio nació para ser caballero, y lo fue durante toda su vida!

“Caballero alistado entre las tropas auxiliares de la caballerosa Iglesia militante, para luchar en caballerosa lid sobre la tierra por la corona del cielo... es el caballero cruzado, que acaricia como el sueño dorado de su vida reconquistar la Tierra Santa, no con las armas terrenas de la sangre, sino con las armas cristianas del amor” (E. Przywara).

Huérfano de madre, siendo niño aún, y de padre, a los dieciséis años, tuvo que asumir la soledad, hacerse fuerte, defenderse por sí solo, todo lo cual contribuyó a forjarse -como atestigua el padre Polanco, su secretario- “*un temperamento recio y valiente y más aún animoso para acometer grandes cosas*”.

En una carta preciosa sobre la perfección religiosa, dirigida a sus hijos, los hermanos estudiantes de Coimbra, les dice, entre otras cosas:

“Pero sobre todo querría os excitare el amor puro de Jesucristo y deseo de su honra y de la salud de las ánimas, que redimió, pues sois soldados suyos con especial título y sueldo en esta Compañía. ¡Oh, cuánto es mal soldado a quien no bastan tales sueldos para hacerle trabajar por la honra de tal Príncipe!”

Oigamos ahora a Papini en estas jugosas reflexiones:

“A la imitación de los guerreros sucederá en Ignacio la imitación de los santos; pero ¿no son acaso héroes los unos y los otros, es decir, hombres capaces de cosas grandes, de victorias difíciles, y que están por encima de la plebe de los mediocres? Don Quijote salió, a fuerza de leer las novelas de caballería, caballero andante, fuera de juicio y de época; en cambio, san Ignacio salió más cuerdo, más preparado para convertirse en caballero andante de la Virgen y de Jesús, en campeón del Rey de reyes.

Al igual que todas las almas grandes, Ignacio no podía encontrar satisfacción sino en la grandeza, y no la encontró sino donde esa grandeza es inmensa y eterna, en los brazos de su Dios, en la milicia de la máxima majestad”.

Con sentido jerárquico, a fuer de buen caballero, propone tres coloquios al final de la meditación de las dos banderas, acudiendo a los “mediadores” (la Virgen y Cristo) para llegar al Padre.

b) El segundo aspecto del carácter de san Ignacio es el *romántico* (bien entendido), quiero decir, el hombre de gran corazón, dotado de una sensibilidad exquisita y de una enorme capacidad de amor (que procuraba ocultar bajo un velo de austeridad y de humildad), junto con un finísimo y penetrante sentido estético de la vida, entusiasta de las bellas artes, en especial, de la música y de la poesía, y en sus años mozos, galán cortejador de lindas mujeres, enredado en amores y amoríos.

Oigamos al mismo Ignacio:

“Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza; no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno de estas” (A 6).

Estas escuetas palabras de su Autobiografía dejan traslucir el romanticismo apasionado que embargaba su alma caballeresca, trayéndonos a la memoria la figura legendaria del hidalgo caballero Don Quijote de la Mancha en sus sueños con su dulce Dulcinea, la dama de sus pensamientos.

Mas la gracia supo hacer un trueque magnífico: en adelante, dando al olvido todo el pasado, la única Dama de sus amores será la Virgen Santísima, “la Señora”, como él solía llamarla caballerosamente.

Ya desde niño le habían inculcado la devoción tierna a la Madre de Dios.

Durante su convalecencia, a raíz del sitio de Pamplona, “estando una noche despierto vio claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista, por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habersele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas” (A 10).

¡Y qué hermoso detalle aquel de escribir en un cuaderno las palabras de Cristo con tinta colorada y las de nuestra Señora con tinta azul! (cfr. A 11).

Le encantaba la naturaleza, disfrutaba contemplando una flor, un pájaro, un insecto...

Pero “la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor” (A 11).

Su recio corazón se sentía más y más inundado del amor a Dios, hasta deshacerse en abundancia de suspiros, lágrimas y sollozos, con inefable consuelo y gozo sobrenatural.

Las páginas de su Diario (las pocas que se conservan) están como empapadas en lágrimas.

Con el tiempo, el amor a Dios comenzó “a salir de razón” (como diría Santa Teresa), transformándose en “locura” divina...

El mismo lo confiesa más de una vez ingenuamente, diciendo, por ejemplo, que “por su natural, deseaba ir desnudo, con plumas y todo, para ser tenido por loco...”

Un hermano lego benedictino del monasterio de Montserrat calificó a san Ignacio dando testimonio de que “aquel peregrino era loco por nuestro Señor Jesucristo”.

c) En tercer lugar, hay que destacar su espíritu tremendamente *reflexivo*, ponderativo, introspectivo (no “introvertido”), analítico, discreto.

“El peregrino -escribe él en tercera persona- se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces, en las cosas del mundo, que antes solía pensar” (A 6).

“...razonando consigo... y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas... duraban también estos pensamientos buen vado... y en ellos también se paraba grande espacio... deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba... leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, razonando consigo...” (A 7).

Expresiones típicas suyas como “reflexionar”, “considerar”, “advertir”, “sentir”, “conocer”, “deliberar”, “mirar donde más la razón se inclina”, “según la mayor moción racional y no moción alguna sensual”,... las encontramos reiteradamente en sus escritos.

San Ignacio daba una importancia extraordinaria al examen de conciencia, no sólo como “acto” de piedad sino como “actitud” habitual de auto-control de pensamiento, palabras y acciones.

Ya en la primera anotación de los Ejercicios, nombra el examen en primer lugar: “Por este nombre, ejercicios espirituales, se entiende todo modo de examinar la conciencia...” (E 1).

Inmediatamente después del “Principio y fundamento” habla in extenso del “examen particular y cotidiano” acerca del “pecado particular o defecto (dominante) que se quiere corregir y enmendar” (E 24), así como también del “examen general de conciencia para limpiarse y para mejor se confesar” (E 32).

Tanta importancia le da el Santo al examen de conciencia, que nunca lo excluye, ni siquiera cuando recomienda los ejercicios “leves” a quienes son rudos, sin letras o de poca capacidad natural (cfr. E 18), o también “al que estuviere embarazado en cosas públicas o negocios convenientes, sea letrado o ingenioso” (E 19).

Es así, entrando dentro de sí mismo, como fue descubriendo el complejo mecanismo interior del discernimiento de espíritus, de cuya experiencia llegaría a ser un maestro consumado.

Al principio de su conversión “no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron los ojos y empezó a maravillarse de esta diversidad y a hacer reflexión sobre ella” (A 8).

De ahí nacieron las famosas “reglas para en alguna manera sentir y conocer las vanas mociones que en el alma se causan; las buenas para recibir y las malas para lanzar” (E 313-336).

El examen y el discernimiento constituyen la base de la prudencia en el obrar y del don de consejo que brillaron en san Ignacio de modo extraordinario.

Esta inclinación temperamental a la interioridad tenía que coincidir naturalmente con su afición al retiro, a la soledad y al silencio, con su admiración y nostalgia por la vida monástica.

A todo lo cual se ha de añadir su formación en la filosofía escolástica, propia de la época, basada en una lógica férrea y en un realismo metafísico enraizado en el ser.

De ahí la simplicidad y la profundidad de san Ignacio, su “ojo de lince” para abrirse paso a través de los accidentes hasta llegar al fondo de las cosas.

“En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi alma... no ordenando ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin” (E 169).

Así comienza el “preámbulo para hacer elección”.

Las reglas de elección no son sino la aplicación práctica y concreta del Principio y fundamento, es decir, el plan salvífico de Dios, escrito escuetamente en estilo silogístico, aunque, evidentemente, sobre un transfondo bíblico implícito.

¡Es la lógica de la razón y de la fe, llevada hasta sus últimas consecuencias!

San Ignacio es el hombre de principios de la razón práctica, así como santo Tomás lo fue de la razón especulativa.

Su amor apasionado a la verdad se traduce en defensa valiente de la ortodoxia católica y en lucha incansable contra el error y la herejía.

Por eso alaba, no sólo a los santos Padres, sino también a los doctores escolásticos (en primer lugar a santo Tomás), de los cuales es más propio *“el definir o declarar para nuestros tiempos acerca de las cosas necesarias a la salud eterna y para más impugnar y declarar todos errores y todas falacias”* (E 363, regla 11 para sentir con la Iglesia).

Esta profundidad (no digo erudición) doctrinal es fruto no sólo del don de sabiduría, sino también de la potencia de reflexión de san Ignacio, que en él era innata.

Un último ejemplo: en la introducción a los modos de orar, san Ignacio, sin querer, se pinta a sí mismo cuando escribe: “Antes de entrar en la oración repose un poco el espíritu, asentándose o paseándose, como mejor le parecerá, considerando a dónde voy y a qué” (E 239).

¡Es la actitud ideal para encontrar la verdad y obrar rectamente!

d) La cuarta nota a destacar es su **voluntad** de hierro, verdaderamente impresionante, con todo lo que implica de decisión, libertad de espíritu, determinación, constancia, paciencia, tenacidad, fortaleza, aguante, perseverancia, que culmina en el heroísmo, más aún, en la más alta santidad.

“Todo gran santo es un héroe, pero en san Ignacio el tema heroico adquiere una realidad y una grandeza patéticas” (G. Marañón).

Baste recordar su defensa casi temeraria del sitio de Pamplona “aunque contra el parecer de todos los caballeros, los cuales se exhortaban mutuamente con su ánimo y esfuerzo... y así cayendo él (herido gravemente) los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses” (A 1-2).

Pero no quedó aquí la cosa, pues tuvo que soportar estoicamente, por dos veces una operación insoportable en la pierna malherida... “e hízose de nuevo -escribe él- esta carnicería, en la cual, así como en todas las otras, que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra (de queja) ni mostró otra señal de dolor, que apretar muchos los puños” (A 2).

¡Y qué decir de sus largos y repetidos viajes, solo y a pie o a caballo, incluso ya con la salud quebrantada!

¡Y las “locuras” de su mendicidad y de sus penitencias que acabaron por arruinar su cuerpo robusto!

¡Y el tesón ineludible para llevar a término, sin desviarse ni dejarse influir por nadie, lo que consideraba ser voluntad de Dios!

En el fondo de su alma late la pasión por “lo que más” glorifica a Dios, e, inversamente, la repugnancia como instintiva por lo mediocre, lo vulgar, lo insubstancial.

El “voluntarismo ignaciano” no se opone (¡todo lo contrario!) al espíritu sobrenatural, sino a toda forma de “sentimentalismo” tan irracional como superficial.

En definitiva, es la voluntad (ayudada de la gracia y de la sensibilidad) la que “quiere” (o “no quiere”) seguir a Cristo y conformarse con la divina Voluntad, por encima de todos los obstáculos, “*solamente mirando para lo que soy creado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi alma*” (E 169).

Amar es querer, por encima y, si es necesario, en contra de la sensibilidad, pues se trata de amor “humano”, es decir, racional, más aún sobrenatural, llamado caridad.

Y como el amor consiste en dar todo y darse totalmente, de ahí la magnanimidad, la largueza, la generosidad del corazón de san Ignacio, que culmina en el “éxtasis de amor” de (lo que él llama) la “tercera manera de humildad”.

Por eso, en la quinta anotación de los Ejercicios aconseja así al ejercitante: “Mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Creador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina Majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad” (E 5).

Esta disponibilidad inicial y total se concretará después en la solemne y heroica “oblación” o juramento a Cristo Rey, “*eterno Señor de todas las cosas*”, diciendo: “*Yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada...*” (E 98), de la meditación del Reino.

Para vencer los afectos desordenados “muy conveniente es moverse, poniendo todas sus fuerzas, para venir al contrario de lo que está mal afectada...” (E 18).

Es típica de san Ignacio la expresión “*agere contra*” (obrar contra), es decir, inclinarse con esfuerzo a lo que contraría a las tentaciones y apetitos desordenados, pidiendo en la oración la ayuda de la gracia (E 157), para conformar nuestra voluntad con la de Dios (E 180), “*porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas las cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés*” (E 189).

Por eso el fin de los Ejercicios Espirituales es “para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea” (E 21).

El mismo esfuerzo ascético, en las contemplaciones de la sagrada Pasión: “Considerar -escribe el Santo- lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad o quiere padecer, según el paso que se contempla; y aquí comenzar con mucha fuerza y

esforzarme en doler, tristar y llorar, y así trabajando por los otros puntos que se siguen” (E 195).

Y en las contemplaciones de los misterios de gloria, lo mismo, “queriéndome afectar y alegrar de tanto gozo y alegría de Cristo nuestro Señor” (E 229).

Para san Ignacio la santidad no es otra cosa sino querer lo que Dios quiere. Por eso muchas veces concluía sus cartas pidiendo a Dios “*gracia cumplida para que su santísima voluntad siempre sintamos y aquella perfectamente la cumplamos*”.

En definitiva: ¡es cuestión de voluntad tensa, de esfuerzo perseverante y de lucha a muerte contra mundo, demonio y carne!

e) El quinto aspecto a destacar es, de alguna manera, consecuencia de los anteriores: me refiero al carácter “*seductor*” de san Ignacio, calificativo con que muchos le llamaban (y no sólo a él, sino también a sus primeros compañeros).

Ciertamente que en él había “algo”, un “don de gentes”, un “carisma” (como diríamos hoy), que asombraba, atraía y cautivaba, no sólo por su santidad (¡lo cual se da por supuesto!) sino antes incluso de su conversión, por ciertas raras dotes naturales...

Basta leer la historia de su vida para percatamos de ello.

El mismo lo reconoce al comienzo de su Autobiografía, relatando la célebre batalla de Pamplona... convenciendo al alcaide, “contra el parecer de todos los caballeros, de que debían defender la fortaleza contra los franceses, los cuales (caballeros) se confortaban con su ánimo y esfuerzo” (A 1), de tal manera, sin embargo, que “cayendo él, los de la fortaleza se rindieron” (A 2).

San Ignacio... ¡el “seductor”!

Muy bien lo pintó el poeta español José María Pemán, en su gran obra “El divino impaciente”:

Desmedrado, más bien mala
la presencia y la estatura;
la color, trigueña oscura,
la barba, corrida y rala,
y unos ojos de carbón
que tanto al mirar afinan
que más que ver, adivinan,
de penetrantes que son.

Por su porte y condición
a pesar de andar raído
se ve en toda su persona
la huella de quien ha sido
galán apuesto y florido.

Este es el hombre: madera
labrada de tan buen modo
que sabe llegar en todo
más lejos que otro cualquiera.

Y triunfará de seguro,

que cuando en algo se empeña,
paso a paso, bien o mal,
repartiendo por igual
la suavidad con el mando,
cojeando, cojeando,
llega siempre hasta el final.

Pero, más aún, fue su dulce y fuerte paternidad la que sedujo y conquistó a sus hijos... ¡a tantos y tantos hijos (aun después de su muerte) a través de los siglos!

Es conmovedora, por ejemplo, la piedad filial, transida de admiración, respeto y veneración, del más preclaro de sus hijos, el gran san Francisco Javier, escribiendo a san Ignacio desde las lejanas tierras del Oriente.

Le llama “padre amorosísimo”, “padre buenísimo”, “padre mío único”, “verdadero padre mío”, “padre mío observantísimo”, “padre mío de mi alma”, “padre mío en las entrañas de Cristo, único...”

¡Javier escribía al padre de su alma de rodillas y con lágrimas!

“Verdadero padre mío: con lágrimas escribo, acordándome del tiempo pasado, del mucho amor que me tiene. Nuestro Señor nos junte en la gloria del paraíso y también si fuese su servicio, en esta vida presente. Esto fácilmente se puede cumplir cuando por obediencia me fuere mandado...”

Esta fue la última carta de Javier (9.IV.1552). Cuando san Ignacio le volvió a escribir, llamándole a su lado, “su menor hijo y en destierro mayor”... acababa de morir.

“Todo vuestro -le escribe san Ignacio- sin poderme olvidar en tiempo alguno”.

¡Ignacio, el “seductor”!

El padre Pedro de Ribadeneira, hijo, contemporáneo y biógrafo de san Ignacio, compuso una bellísima y larga oración a su amado padre, ya fallecido, en la que deja expansionar así su corazón: “¡Padre mío dulcísimo, sacerdote santo, confesor ilustre, capitán esforzado, ministro fiel de Dios, patriarca glorioso de tantos hijos! ... Padre, a quien entre todos los amados y escogidos de Dios, con particular amor y devoción mi ánima reverencia... a vos acudo, a vos doy voces y, postrado ante vuestros pies, en este valle de lágrimas, en este abismo de pecados y miseria, pido socorro... Pues estáis en el puerto seguro, acordaos de los que todavía navegamos por las ondas y peligros de este mar tempestuoso; y pues ya gozáis del premio de vuestras victorias y peleas, dad la mano a vuestros soldados, que están rodeados y apretados de sus enemigos...”

Este bienaventurado patriarca nos ha seducido también, ¡y de qué manera!, a quienes seguimos sus pasos y vivimos de su espíritu.

II

Una vez convertido, el “peregrino” de Dios comenzó a recorrer el largo y arduo camino de la perfección evangélica, a través de las tres etapas: purgativa, iluminativa y unitiva, correspondientes al itinerario de las “cuatro semanas” del esquema de los Ejercicios.

En Manresa, al experimentar “las varias agitaciones y pensamientos, que los varios espíritus le traen” (E 17), se decía a sí mismo: “¿Qué nueva vida es ésta que ahora comenzamos?” (A 21).

“En este tiempo -escribe el peregrino- le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole...” (A 27).

Hasta que “el niño” llegó a ser el “padre maestro Ignacio”, y no un simple “maestro de escuela”, sino un doctor consumado en las ciencias del espíritu.

Después de este como retrato del alma de san Ignacio, tratemos ahora de analizar y reducir a síntesis los **rasgos característicos de su doctrina espiritual**.

La Autobiografía, el Diario espiritual y el libro de Ejercicios, se iluminan y complementan perfectamente, permitiéndonos vislumbrar las grandes líneas o claves de la rica espiritualidad ignaciana, tan sencilla como profunda, dentro de una triple contextura: metafísica, ascético-mística y litúrgica.

Podríamos resumir en tres palabras toda la vida de san Ignacio. Son tres palabras típicas, que abundan en su vocabulario y que encabezan el texto del “Principio y fundamento” de sus Ejercicios:

“Alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor”.

Sobre este trípode descansa todo el edificio de la vida espiritual; este es el “enfoque” de todo el magisterio Ignacio; este es el resultado del impacto que produce en el alma la experiencia de Dios.

“Alabar”, con relación a Dios;

“hacer reverencia”, con relación a sí mismo;

“servir”, con relación al prójimo.

Alabar, hacer reverencia y servir, que, a su vez, se resumen en una sola palabra, que las contiene implícitamente: AMAR.

El amor a Dios, que es -dice san Pablo- la “*plenitud de la Ley*” (Rom 13,8).

El amor a Dios, que, para san Ignacio, consiste concretamente en alabarle, reverenciarle y servirle.

En efecto, la fuerte experiencia del amor de Dios produjo en el alma de san Ignacio como instintivamente una necesidad gozosa de perpetua alabanza, junto con un sentimiento de humilde reverencia y anonadamiento, y, en fin, un ansia incontenible de servir a la Iglesia y lanzarse a la salvación de las almas.

Veámoslo más detenidamente.

Alabar.

En esta palabra, ignacianamente entendida, está condensada toda la sagrada Liturgia.

Alabar a Dios equivale a darle “todo honor y toda gloria”.

Honor y gloria debidos, exigidos por su Majestad infinita.

San Ignacio quedó asombrado, seducido, extasiado por la gloria de Dios que lo envuelve, lo transforma, lo endiosa.

De ahí esa expresión suya característica de “lo que más”: “...solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados” (E 23).

“A la mayor gloria de Dios” será desde el primer momento de su conversión el ideal, la vocación, la bandera del santo Capitán de Loyola.

¡Dios, antes que todo!

¡El Principio y fundamento viene a ser como el “Magnificat” de los Ejercicios!

¡“Lo que más” marcará el “ritmo” acelerado de las “cuatro semanas” del esquema ignaciano!

Este es nuestro último fin y lo que da sentido y valor a todo lo que hacemos, pensamos y somos.

Dar a Dios la mayor gloria equivale a “en todo amar y servir a su divina Majestad”, como dice san Ignacio en el segundo preámbulo de la “contemplación para alcanzar amor” (E 233).

Pero amar significa concretamente complacer y cumplir la voluntad del amado, razón por la cual san Ignacio repite e insiste tantas veces en “pedir a Dios nuestro Señor quiera mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer... que más su alabanza y gloria sea” (E 180).

Hacer la voluntad de Dios en todo y siempre es la condición absoluta y necesaria para hacer una buena “elección”, es decir “debida y ordenadamente, sin aficiones desordenadas” (E 172), porque “ninguna cosa me debe mover a tomar los tales medios o a privarme de ellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y salud eterna de mi alma” (E 169).

Y así “aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, descienda de arriba, del amor de Dios, de forma que el que elige sienta primero en sí que aquel amor más o menos que tiene a la cosa que elige es sólo por su Creador y Señor” (E 184).

Nótese el verbo “sentir” (típico del vocabulario ignaciano) que significa “experimentar”, como diría el apóstol san Pablo: “Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús” (Flp 2,5).

Junto con esta experiencia de Dios, obra de la gracia, de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo, tiene lugar lo que san Ignacio llama “conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga” (E 104).

¿Y cómo “sentir y conocer” la voluntad de Dios?

a) La primera norma es interna, mediante la consolación espiritual, “con la cual viene el alma a inflamarse en amor de su Creador y Señor, y consiguientemente cuando ninguna cosa creada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Creador de todas ellas” (E 316).

No es preciso que la consolación sea sensible; lo importante, para san Ignacio, es, en definitiva, “todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda alegría interna, que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su alma, aquietándola y pacificándola en su Creador y Señor” (E 316).

Si no hubiera “*causa precedente*” (E 330), la consolación sólo puede venir de Dios.

Con causa, en cambio, podría ser de Dios o, por el contrario, del mal espíritu (ya sea el demonio “*que se transforma en ángel de luz*” -E 332- ya sea la propia naturaleza caída).

De ahí la necesidad de la oración, del examen de conciencia, del discernimiento, además de la dirección espiritual, en todo lo cual san Ignacio es un consumado maestro.

b) La segunda norma para sentir y conocer la divina voluntad es externa, la perfecta obediencia, virtud característica de san Ignacio y de su noble escuela, en la cual como leal soldado de Cristo Rey, se señaló como ninguno y la exigió a sus hijos.

Para él amar equivale a obedecer y el amor a Dios se demuestra obedeciéndole en sus legítimos representantes, conforme a aquellas palabras del Señor: “*Quien a vosotros oye a mí me oye, y quien a vosotros desprecia a mí me desprecia*” (Lc 10,16).

Precisamente la palabra “obedecer” viene de la raíz “escuchar” (es decir, cumplir) la voluntad del superior (en nombre de Dios).

a) La **obediencia ignaciana**, es debida, en primer lugar, a la Iglesia, comenzando por el Vicario de Cristo.

En las reglas de elección, comienza san Ignacio por establecer un principio o tesis fundamental: “Es necesario que todas las cosas, de las cuales queremos hacer elección, sean indiferentes o buenas en sí y que militen dentro de la santa Madre Iglesia jerárquica, y no malas o repugnantes a ella” (E 170).

El libro de Ejercicios culmina con un broche de oro: las reglas “para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener” (E 352).

La primera regla dice así: “Depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la verdadera Esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa Madre Iglesia jerárquica” (E 353).

Para san Ignacio, el amor a Cristo y a la Iglesia son inseparables.

La obediencia cristiana es un sacrificio de alabanza a la Santísima Trinidad, en Cristo y en la Iglesia.

Por eso comienzan estas reglas con la palabra “alabar”... todo lo que dice o hace la Iglesia, en cuanto tal (no uno o más miembros aisladamente, sin estar en “comunidad” con ella).

“Alabar finalmente -dice san Ignacio en la regla N° 9- todos los preceptos de la Iglesia, teniendo ánimo pronto para buscar razones en su defensa y en ninguna manera en su ofensa” (E 361); considerando -dice en la regla N° 13- “lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina, creyendo que entre Cristo nuestro Señor, Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas” (E 365).

Aun antes de la fundación de la Compañía, decidió el Santo con sus compañeros viajar a Roma para postrarse a los pies del Papa y ponerse a su entera disposición, como el medio más seguro de conocer la voluntad de Dios, desconfiando de su propio juicio y voluntad.

San Ignacio encarna el “espíritu auténticamente romano e hispánico de nobleza, frente a toda intromisión democrática” (Przywara).

b) En segundo lugar, el Santo se refiere a la obediencia religiosa a los superiores legítimos, más concretamente dentro de la Orden por él fundada.

Oigámosle: “Porque si hemos de tener aquel modo de vivir por mejor, en que a Dios se le hace más grato servicio, éste tendremos por tal en que se hace por todos la obediencia, que sobre todos los sacrificios es aceptada” (Carta a los Padres y Hermanos de Gandía, 29.VII.1547).

Y para alabar más a su divina Majestad y alcanzar las gracias que le pedimos, san Ignacio acude también a los mediadores: a la Santísima Virgen “nuestra Señora, porque me alcance gracia de su Hijo y Señor, para que yo sea recibido debajo de su bandera”; y a Cristo “para que me lo alcance del Padre” (E 147). Así consta particularmente en su Diario espiritual.

Además invoca a “los ángeles y santos, interpelantes por mí” (E 232).

Toda la persona debe ser una alabanza continua a Dios nuestro Señor, ofreciéndole “todas mis cosas y a mí mismo con ellas” (E 234).

¡La alabanza es el cántico ininterrumpido del alma enamorada!

Y el enamoramiento de Dios se demuestra en la “«indiferencia» a todas las cosas creadas” (E 23), hasta llegar a la “locura” del tercer grado de humildad, “por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor” (E 167).

¡San Ignacio fue un hombre deslumbrado, fascinado, arrebatado por la Majestad de Dios!

Hacer reverencia.

He aquí el segundo sentimiento que brota espontáneamente de la experiencia de la grandeza de Dios en el alma de san Ignacio.

Junto con la palabra “reverencia”, repite el Santo también la expresión “acatamiento”, para significar una reverencia profunda, que provoca la admiración a una persona (en este caso, Dios) a causa de su dignidad (en este caso, infinita), y que se manifiesta incluso externamente.

Viene a ser lo mismo que “rendir honor”, o bien “tributar homenaje” de sumisión.

Es, en otras palabras, lo que san Pablo nos quiere decir, cuando escribe a los cristianos de Filipos (2,10): “Al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos; y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es el Señor!, para gloria de Dios Padre”.

San Ignacio “dobló su rodilla” toda su vida ante su “Rey eterno y Señor universal”, en señal de profundísima humildad y amorosísima dependencia, provocada por una vivísima conciencia de su propia miseria y de su propia nada, junto con un total aborrecimiento de sí mismo y deseos ardientes de ser despreciado y olvidado por los hombres.

Ciertamente que al hombre moderno, nacido y criado en esta época de los igualitarismos, de los populismos y de las democracias liberales, no le debe resultar nada fácil reproducir, ¡ni siquiera entender!, estos tan nobles y caballerosos sentimientos, propios de aquella “época de grandeza”, como fue, sin duda, la Edad Media.

Ignacio penitente experimentó en carne viva lo que escribe en los Ejercicios: “Mirar quién soy yo, disminuyéndome por ejemplos... mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea, mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima” (E 58).

Este “hacer acatamiento y reverencia a su Creador y Señor” (E 39) le mueve igualmente a sentir “interno conocimiento de mis pecados y aborrecimiento de ellos”, a sentir “el desorden de mis operaciones, para que aborreciendo, me enmiende y me ordene”, y a sentir “conocimiento del mundo para que, aborreciendo (lo), aparte de mí las cosas mundanas y vanas” (E 63).

¡Es el desengaño de un convertido!

¡Es el sentido trágico de la vida, de un hombre tremendamente realista!

¡Es el ansia arrebatada de recuperar, a toda costa, el tiempo perdido!

¡Es el odio santo contra sí mismo de quien ha ofendido al Amor infinito!

¡Es la noble reacción de un hidalgo caballero, que “imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz...” se cuestiona así mismo con santo celo “lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo” (E 53).

De ahí el típico “**hacer contra** la propia sensualidad y contra el amor carnal y mundano” (E 97); el “hacer diametralmente contra la tal tentación” (E 351); el “hacer contra la desolación” (E 13); y, “para extinguir el tal efecto desordenado, pedir en los coloquios (aunque sea contra la carne) que el Señor le elija en pobreza actual, y que él quiere y pide y suplica, sólo que sea servicio y alabanza de la su divina bondad” (E 157).

Este “*hacer contra*”, que no es otra cosa que el “*negarse a sí mismo*” exigido por el Señor (cfr. Mt 16,24), llevó a san Ignacio a tal extremo en austeridades, mortificaciones y penitencias, en humillaciones voluntarias y provocadas, que no sólo pisoteó su honor y honra, sino que también terminó arruinando su cuerpo, llegando a cometer divinas locuras, en su sed insaciable de “*pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual*” (E 98), como, por ejemplo, mendigando y despojándose de todos sus vestidos para dárselos a los pobres, yendo a clase con los niños (siendo de edad adulta), pasando días enteros sin comer nada, durmiendo en la calle o en los hospitales, dejándose largo y sin arreglar el cabello y las uñas para ser despreciado, caminando a caballo o a pie con la pierna herida e hinchada, metiéndose expresamente en un estanque de agua helada para salvar a un desgraciado del pecado, siendo encarcelado sin tener ninguna culpa, exponiéndose varias veces a peligro de muerte... hasta aquella anécdota (¡que me conmueve hasta las lágrimas!) que cuenta él mismo, cuando dirigiéndose de Génova a Bolonia, de noche, “*padeció mucho, en especial una vez que perdió el camino y comenzó a andar junto a un río, el cual corría abajo y el camino iba por lo alto e iba estrechándose, a medida que avanzaba por él; y de tal modo llegó a hacerse estrecho, que no podía seguir adelante ni volverse atrás. Entonces comenzó a andar a gatas y recorrió un gran trecho con mucho miedo, porque cada vez que se movía temía caerse al río. Esta fue la fatiga y el trabajo corporal más grande que nunca haya padecido, mas al fin salió adelante...*” (A 91).

Todo envuelto en silencio, en humildad y en mansedumbre, abandonado siempre, como un niño, en la Providencia de Dios, sin defenderse, antes regocijándose de “*ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tonto, que por sabio ni prudente en este mundo*” (E 167), en soledad y olvido de los hombres.

En el misterio de la Cruz ve Ignacio el misterio de la profundamente española “nada”, cuyo máximo representante es san Juan de la Cruz.

“Nada”, que es la réplica del alma enamorada, ante el Todo de Dios.

“Nada”, hasta el “a-no-nada-miento”, muriendo en acto de “servicio”...

¡Este fue el “secreto íntimo” del Santo!

Así se cumplió la palabra de Jesús cuando dijo: “*El que se humillare será ensalzado*” (Lc 18,14).

Servir.

Este es el tercer aspecto de la espiritualidad ignaciana, es decir, más exactamente, una mística de servicio por amor, un servicio que es amor.

Amor y servicio para san Ignacio son inseparables (cfr. E 233).

El verbo “servir” encierra una connotación marcadamente “noble” (¡no servil!) como servicio cortesano del gentilhombre Ignacio a su divina Majestad.

El amor de Cristo le empuja a darse a los demás sin miedo y sin medida, para dar a Dios la mayor gloria.

San Ignacio es el intrépido “Capitán de las milicias de Cristo” (Pío XII), de aquellos “*que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal*” (E 97), el cual llama a todos y a cada uno en particular diciendo: “*Mi voluntad es conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria*” (E 95).

¡Servir para conquistar!

¡El corazón de Ignacio era tan grande que cabía en él todo el mundo!

Su celo por la salvación de las almas era insaciable, a impulsos del “siempre más” amar y servir a su Rey y Señor.

Por eso, recién convertido y herido del amor divino, lo primero que hizo es ponerse en camino...

Contemplativo en y para la acción, dotado de especialísimos dones para el ministerio apostólico, sabía aprovechar y agotar todos los recursos, sabía adaptarse a todas las situaciones, convencía con sus palabras, pero más aún con su testimonio, comenzando por hacerse él, como dicen la contemplación del nacimiento de Jesús, “*un pobrecito y esclavito indigno*” (E 114), a ejemplo de la que se llamó humildemente “la esclava del Señor”.

Por eso la Iglesia escogió para la Misa de san Ignacio el evangelio según san Lucas (14,3 1) en donde Jesús llama a todos en su seguimiento, exigiendo una renuncia total e incondicional, diciendo: “¿Qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil?”

Igualmente en la antífona de la comunión escogió aquellas palabras de Jesús:

“He venido a prender fuego a la tierra, y ¿qué otra cosa quiero sino que arda” (Lc 12,49). Eso fue san Ignacio: un caballero de fuego, una llamarada del fuego de amor del Espíritu Santo, que ya empezaba a propagarse, comenzando por sus primeros

compañeros y los que les siguieron, dispersados por todas partes, llegando hasta las tierras más lejanas (como es el caso impresionante de su hijo predilecto san Francisco Javier, Apóstol de las Indias, declarado por la Iglesia Patrono de las misiones), o a países infectados por la herejía (como san Pedro Canisio, en Alemania), o a través de los padres Laínez y Salmerón, enviados por él al gran Concilio de Trento, o, en fin, mediante la fundación de colegios y universidades, de la catequesis a los niños y de tantas obras de caridad para con los pobres y huérfanos, hasta ocuparse personalmente, en Roma, de la fundación de una cofradía llamada “Nuestra Señora de Gracia”, dedicada a recoger y educar cristianamente a mujeres de mala vida, encargándose él mismo del régimen espiritual de la casa.

Fue así como san Ignacio se constituyó en el principal promotor de la **Reforma** de la Iglesia y, paralelamente, de la **Contrarreforma** frente a los errores y herejías de su época.

El Santo Padre, felizmente reinante, Juan Pablo II, ha llamado con toda justicia a san Ignacio “Campeón de la Reforma católica” (28.VII.91), providencial reformador suscitado por Dios, como siempre, en el momento oportuno... ¡un momento, por cierto, que, en muchos aspectos, no era tan distinto del nuestro!

¿De qué manera realizó la Reforma?

a) En primer lugar, sin alardear de reformador, antes dando un ejemplo admirable de humildad, discreción y santidad, comenzando por reformarse él a sí mismo.

b) En segundo lugar, promoviendo la reforma de la Iglesia desde dentro (no desde fuera, como un Martín Lutero); cediendo el primer lugar al Vicario de Cristo, respetando su autoridad y poniéndose a su servicio (nunca contra él, como el obispo Marcel Lefévre), y sin atentar contra la estructura jerárquica de la Iglesia, democratizándola y desacralizándola (al estilo de Leonardo Boff y de los corifeos de la llamada “Teología de la liberación”).

c) En tercer lugar, promoviendo un ambiente de renovación y de fervor espiritual a través de sus hijos, a quienes el pueblo cristiano llamaba con devoción “sacerdotes reformados”; y, de modo particular, utilizando un instrumento providencial y contundente de reforma: los “**Ejercicios Espirituales**”, un verdadero pentecostés, que renovó gran parte de la Iglesia y de la sociedad. El secreto de su eficacia radicaba en que iban dirigidos directamente a la conversión y transformación del “hombre” individual y concreto, a través de una “terapia intensiva” de oración y purificación y de “inyecciones intravenosas” de sobrenatural puro, en un ambiente de silencio y alejamiento del mundo.

Lo primero que hacía san Ignacio era poner delante del ejercitante “*el fin para que soy creado*” (E 179), que es la mayor gloria de Dios y salvación de mi alma, ordenando todas las cosas a dicho fin (cfr. E 169) y disponiéndole “*para venir en perfección en cualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir*” (E 135).

Para quienes ya han elegido estado “*aprovecha mucho... dar forma y modo de enmendar y reformar la propia vida y estado... debe mucho considerar y rumiar por los ejercicios y modos de elegir... cuánta casa y familia debe tener, cómo la debe regir y gobernar, cómo la debe enseñar con palabra y con ejemplo*” (E 189).

Reformando las personas es como se reforma la familia, la sociedad y la misma Iglesia.

Es evidente que la “clave” para comprender la potencia apostólica de san Ignacio (y de su escuela) no puede ser otra que la vida mística de un alma endiosada, después de una dura y prolongada lucha ascética.

¡Pero san Ignacio sabía muy bien que llevar a cabo la reforma equivalía a abrazarse con la pesada cruz de la sospecha, la incompreensión y la persecución, no sólo por parte de los enemigos, sino, lo que es mucho más doloroso, por parte de las mismas autoridades de la Iglesia!

El Santo vivió en carne propia su célebre meditación de dos banderas, “la una, de Cristo, sumo Capitán y Señor nuestro; la otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana naturaleza” (E 136), el cual “*hace llamamiento de innumerables demonios... no dejando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular*” (E 141)... ¡incluso las eclesiásticas!, aunque parezca mentira.

¡Más de una vez tuvo que sentarse san Ignacio en el “banquillo de los acusados” (lo mismo que todos los santos), a ejemplo de su Rey y Señor, juzgado y condenado inicualemente por el Sanedrín!

En una carta dirigida el 15 de marzo de 1545 al rey de Portugal, le da cuenta de las persecuciones y procesos que padeció en su vida anterior:

“Volviendo de Jerusalén, en Alcalá de Henares, después que mis superiores hicieron tres veces proceso contra mí, fui preso y puesto en la cárcel por cuarenta y dos días. En Salamanca, haciendo otro, fui puesto no sólo en la cárcel, mas en cadenas, donde estuve veinte y dos días. En París, donde después fui siguiendo el estudio, hicieron otro. Y en todos estos cinco procesos y dos prisiones, por gracia de Dios, nunca quise tomar ni tomé otro solicitador, ni procurador, ni abogado (sino a Dios), en quien toda mi esperanza presente y por venir, mediante su divina gracia y favor, tengo puesta. Siete años después del proceso de París, en la misma universidad hicieron otro; en Venecia otro; en Roma el último contra toda la Compañía. En estos tres postreros, por ser yo ajuntado con los que son de la Compañía, más de V.A. que nuestra, porque no se siguiese ofensa a Dios nuestro Señor en difamar a todos los della, procuramos que la justicia tuviese lugar. Y así, al dar de la última sentencia se hallaron en Roma tres jueces que hicieron proceso contra mí: el uno de Alcalá, el otro de París y el otro de Venecia. Y en todos estos ocho procesos, por sola gracia y misericordia divina, nunca fui reprobado de una sola proposición, ni de sílaba alguna, ni de aquí para arriba, ni fui penitenciado, ni desterrado”.

Y termina la carta diciendo que “cuanto mayor deseo alcanzáremos de nuestra parte, sin ofensa de prójimos, de vestirnos de la librea de Cristo nuestro Señor, que es de oprobios, falsos testimonios y de todas otras injurias, tanto más nos iremos aprovechando en espíritu, ganando riquezas espirituales, de las cuales, si en espíritu vivimos, desea nuestra ánima en todo ser adornada”.

San Ignacio, “*por imitar y parecerse más actualmente a Cristo nuestro Señor*” (E 167), se revistió de las vestiduras reales, abrazando con alegría y santo orgullo todo género de humillaciones, pidiéndolas incluso para su Compañía.

Pemán, en “El divino impaciente”, representa este diálogo entre el padre Laínez y san Ignacio:

Su hijo le pregunta:

“¿No parece, Padre, que la Compañía
nunca halla fácil su vía?”
El Padre Ignacio responde:
“¡Señal de que lo merece!
No se puede fabricar
aceite sin estrujar
la aceituna en el molino,
ni se puede hacer buen vino
sin la pisa y el lagar.
Por eso, porque la fría ventisca cruda y bravía
enjuta la carne sana,
al pedir cada mañana
a Dios por mi Compañía,
yo no le pido favores
ni senda llena de flores;
le pido persecución...
¡y, al mismo tiempo, perdón
para los perseguidores!”

He aquí, pues, la triple proyección del alma de san Ignacio: alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor: el “sacrificium laudis”, el “sacrificium carnis” y el “sacrificium belli”.

El amor a Cristo Rey se convierte en adoración a la divinidad, en abnegación de sí mismo y en conquista del mundo para la mayor gloria de Dios.

III

Demos ahora el último paso, tratando de llegar hasta el fondo del alma de san Ignacio, analizando las *principales características de su vida mística: trinitaria, cristocéntrica y mariana*, centradas en el misterio del Sacrificio de la Misa.

Entramos aquí en un mundo maravilloso, casi desconocido, un caso que bien podría denominarse insólito, gracias al fragmento de su Diario espiritual (el único escrito autógrafa que se ha conservado), verdadera joya, que nos permite vislumbrar, ¡con verdadero pasmo!, la talla espiritual de nuestro santo patriarca.

Pues bien, desde la primera línea del Diario aparece **la santa Misa** como la “clave” de la mística ignaciana.

Era para el Santo como el monte Sinaí, en cuya cumbre, cual otro Moisés, quedaba encubierto por la nube misteriosa de la Majestad divina.

O también como el monte Tabor, donde, como Pedro, Santiago y Juan, “veía” a Cristo transfigurado, y en El a las tres divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

O también como el monte Calvario, donde, como la Madre dolorosa, entraba en comunión con el Rey crucificado y resucitado.

Es en la sagrada Eucaristía donde el alma de san Ignacio se elevaba y recibía “como pasivamente” las inefables comunicaciones trinitarias, unas veces indistintamente las tres divinas Personas, otras muchas distintamente ya sea el Padre, o el Hijo, o el Espíritu Santo, siendo iluminado en el misterio de la circuminsesión (es decir, en la mutua inmanencia de las tres Personas divinas y entendiendo cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo proceden de una misma y simplicísima Esencia; y todo en transportes de encendidísimo amor y suavidad dulcísima, con sumo “acatamiento reverencial” y con interminable efusión de lágrimas...

Su devoción intensa a la **Santísima Trinidad** comienza a raíz de su conversión.

Ya en Manresa -dice- “tenía mucha devoción a la Santísima Trinidad, y así hacía cada día oración a las tres Personas distintamente... Y estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio las Horas de nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que veía la Santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer. Y yendo aquella mañana en una procesión que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer, ni después de comer podía dejar de hablar sino en la Santísima Trinidad; y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la Santísima Trinidad” (A 28).

Esta incipiente devoción trinitaria llegará a su plenitud al final de su vida, como consta en su Diario espiritual; innumerables veces celebró Misa de la Trinidad, con subidísimas elevaciones místicas. Oigamos mejor al Santo:

“Yendo a la Misa, antes de ella no sin lágrimas, en ella con muchas y mucho reposadas, con muy muchas inteligencias de la Santísima Trinidad, ilustrándose el entendimiento con ellas, a tanto que parecía que con buen estudiar no supiera tanto, y después, mirando más en ello, me parecía que sentía o veía con mayor comprensión que la que conseguiría si estudiase toda mi vida” (D 52).

“...aun andando por la ciudad iba con mucha alegría interior porque me figuraba la Santísima Trinidad al ver tres criaturas racionales o tres animales u otras tres cosas, y así continuamente” (D 55).

“...en esta Misa conocía, sentía o veía Dominus scit (el Señor lo sabe), que en hablar al Padre, en ver que era una Persona de la Santísima Trinidad, me afectaba a amar toda ella, cuánto más que las otras Personas eran en ella esencialmente, otro tanto sentía en la oración del Hijo; otro tanto en la del Espíritu Santo, gozándome de cualquiera en sentir consolaciones, atribuyéndolas a las tres Personas y alegrándome de que fuese de las tres” (D 63).

“Al Te igitur sintiendo y viendo, no en oscuro, mas en lúcido y mucho lúcido, el mismo Ser o Esencia divina en figura esférica un poco mayor de lo que el sol parece, y desta Esencia parecía ir o derivar el Padre, de modo que al decir: ‘Te, id est, Pater’, primero se me representaba la Esencia divina que el Padre, y en este representar y ver el ser de la Santísima Trinidad sin distinción o sin visión de las otras Personas, tanta intensa devoción a la cosa

representada, con muchas mociones y efusión de lágrimas, y así adelante pasando por la Misa, en considerar, en acordarme, y otras veces en ver lo mismo, con mucha efusión de lágrimas y amor muy crecido y muy intenso al ser de la Santísima Trinidad, sin ver ni distinguir Personas, mas del salir o derivar del Padre, como dije” (D 121).

San Ignacio veía también la esencia divina en las criaturas, como lo describe en la “contemplación para alcanzar amor”, el broche de oro de los Ejercicios:

“...mirar cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender, y así en mí dándome ser, animando, sensando, y haciéndome entender, asimismo haciendo templo de mí siendo criado a la similitud y imagen de su divina Majestad” (E 235).

Más aún, “considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas creadas sobre la haz de la tierra...” (E 236).

Y, por último, “mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la mi medida potencia de la suma e infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc.” (E 237).

Esta y tantas otras comunicaciones trinitarias las “padecía” san Ignacio en cualquier momento del día, pero de un modo especial celebrando la Eucaristía, de cuyo misterio fue apóstol ardentísimo.

Así, por ejemplo, escribe en su Diario que “estando en este pueblo (Manresa), en la iglesia del dicho monasterio oyendo Misa un día, y alzándose el Corpus Domini, vio con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto, después de tanto tiempo, no lo puede bien explicar, todavía lo que él vio con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel Santísimo Sacramento Jesucristo nuestro Señor” (A 29).

Otro ejemplo:

“Al tener el Santísimo Sacramento en las manos impulsivamente me brotaba decirle que nunca le dejaría por nada del mundo, sintiendo nuevas mociones, devoción y gozo espiritual” (D 69).

Intimamente unida a la mística trinitaria se ha de considerar su conocimiento y amor infusos a la persona misma de **Jesús**, de quien verdaderamente se había enamorado desde los comienzos de su nueva vida.

San Ignacio siente a Jesús como **mediador** en un doble sentido: primero, como mediador para tener acceso a la Santísima Trinidad; y después, a la inversa: como mediador enviado por la Santísima Trinidad en favor suyo.

En el primer sentido, se acentúa más la humanidad de Cristo:

“Y entrando en la capilla, en oración, un sentir, o más propiamente ver, fuera de las fuerzas naturales, a la Santísima Trinidad y a Jesús, asimismo representándome o poniéndome, o siendo mediador junto a la Santísima Trinidad, para que aquella visión intelectual se me comunicase, y con este sentir y ver, un cubrirme de lágrimas y de amor, mas terminándose a Jesús y a

la Santísima Trinidad un respeto de acatamiento y más allegado a amor reverencial que a cualquier cosa contraria” (D 83).

En el segundo sentido, se acentúa más la divinidad:

“Y al escribir esto un tirarme el entendimiento a verla Santísima Trinidad y como viendo, aunque no distinta como antes, tres Personas, y en el tiempo de la Misa, al decir ‘Domine Jesu Christe, Fili Dei vivi’, etc., me parecía en espíritu viendo que primero había visto a Jesús, como dije, blanco, es decir, la humanidad, y en este otro tiempo, sentía en mi alma de otro modo, es a saber, no así la humanidad sola, mas ser todo mi Dios, etc., con una nueva efusión de lágrimas y devoción grande” (D 87).

El Santo celebraba muchas veces la Misa de Jesús, de cuyo nombre era devotísimo, como si lo llevase esculpido a fuego en su corazón.

“Al preparar el altar y al revestirme -dice- se me representaba el nombre de Jesús con mucho amor y con mucha confirmación, con marcada voluntad de seguirle, y todo ello con lágrimas y sollozos” (D 71).

“Mientras me preparaba para la Misa he tenido nueva devoción y mociones interiores a llorar al acordarme de Jesús” (D 80).

Su amor a Jesús llega al punto de escribir:

“Me vino el siguiente pensamiento, ¿y si Dios me pusiese en el infierno? Me figuré dos cosas: una, la pena que yo padecería allí; otra, cómo se blasfema allí su nombre (cfr. E 67). Respecto a la primera, no podía ni sentir ni ver motivo de pena. En cambio, me parecía y me imaginaba que me sería más molesto oír blasfemar su santísimo nombre” (D 132).

En síntesis, podemos decir que para san Ignacio, Jesús era como el “lugar” donde él hallaba a las tres divinas Personas, y así lo escribe en su Diario espiritual:

“Todas las devociones y los sentimientos se referían a Jesús, de manera que no podía acceder a las otras Personas, sino en cuanto la primera Persona era Padre de tal Hijo, sobre esto replicaba espiritualmente: ¡qué manera de ser Padre y qué manera de ser Hijo!” (D 72).

Finalmente san Ignacio recibe luces y consolaciones místicas acerca de y por medio de la **Virgen Santísima**, como **mediadora** para con su divino Hijo: “... y ver a la Madre y al Hijo propicios para interpelar al Padre” (D 4).

Celebró también con frecuencia la Misa en honor de nuestra Señora, durante la cual experimentaba “un sentir y representásemse nuestra Señora” (D 29); “con mucho sentir y ver a nuestra Señora mucho propicia delante del Padre, a tanto que, en las oraciones al Padre, al Hijo y al consagrar, no podía que a ella no sintiese o viese, como quien es parte o puerta de tanta gracia, que en espíritu sentía. Al consagrar me mostraba que estaba su carne en la de su Hijo, con tantas inteligencias, que sería imposible escribirlas” (D 31).

¡San Ignacio sintió la presencia mística de la Virgen, como Madre, Reina y Mediadora, de una manera intensa e inefable!

El **método de oración** que, en el libro de Ejercicios denomina “*traer los cinco sentidos*” (E 121), lo experimenta él místicamente durante la celebración de la santa Misa.

Se trata aquí de una “aplicación” de los sentidos internos (por analogía con los cinco sentidos externos), pero actuados por los dones del Espíritu Santo, bajo el influjo de la contemplación y del amor infusos, con un “realismo” incomparablemente superior al metafísico.

Es un “ver”, un “oir”, un “oler”, un “gustar” y un “tocar” suavísimos y profundísimos, al contacto inmediato con las tres divinas Personas, con Jesús y con la Virgen, nuestra Señora.

¡San Ignacio, hecho fuego, vibra con todo su ser, alma, cuerpo y espíritu, ensimismado en oración apasionada!

Desde que se ordenó sacerdote (el 24 de junio de 1537) dejó pasar año y medio para celebrar su primera Misa, con la ardiente esperanza de celebrarla en Tierra Santa, en el lugar mismo en que nació el Niño-Dios.

Este largo tiempo lo ocupó “preparándose y rogando a la Virgen que le quisiera poner con su Hijo” (A 96).

Mas ante la imposibilidad de viajar a Palestina y sin esperar más, quiso celebrar su primer Misa el 25 de diciembre de 1538 en la basílica romana de Santa María la Mayor, donde se veneraba desde la antigüedad un famoso pesebre que conservaba reliquias del pesebre de Belén.

Allí ofreció el santo Sacrificio “con muchos sentimientos espirituales y con ilustraciones divinas”.

A partir de aquel fausto acontecimiento la jornada diaria del Santo giraba en torno de la celebración de la Misa, a la cual dedicaba el mayor tiempo posible.

Por la mañana comenzaba su preparación a la Misa con una prolongada oración y rezaba muchas oraciones vocales en sustitución del Oficio de las horas, del cual le había dispensado el Papa, debido a su dolor de ojos causado por la abundancia de lágrimas.

A continuación hacía la “oración preparatoria de la Misa”, con el misal en la mano, leyendo y meditando cada una de las partes y -como él decía- “apropiándose las oraciones” de la misma, quiere decir, haciéndolas suyas, asimilándolas, saboreándolas, haciendo suyos los deseos de la Iglesia, orando con ella y como ella.

Durante la Misa (que solía durar más de una hora) experimentaba grande efusión de lágrimas y sollozos, éxtasis, visiones intelectuales o imaginarias, sintiendo apretársele el pecho por el inmenso amor y dulzura interior, abrasándose en ese calor, perdiendo, en parte, la vista, de tanto llorar, perdiendo también, momentáneamente, el habla... ¡hasta llegar a enfermar!

La acción de gracias después de la Misa solía durar dos horas, arrobado en altísima contemplación.

De la Misa, como de una fuente abundante e inagotable, sacaba san Ignacio el discernimiento y la fuerza para gobernar la Compañía y el celo apostólico que le consumía.

A la Misa llevaba todas sus dudas y negocios, para consultarlos con su Rey y Señor, y recibir “confirmación”.

El don de lágrimas, sobre todo durante la Misa, fue algo característico en san Ignacio.

¡Qué corazón grande, sensible y tierno el de nuestro Ignacio, contrariamente a la imagen distorsionada que de él se ha dado!

Ya en el libro de Ejercicios habla varias veces de este fenómeno de las lágrimas, como signos de dolor y de amor, al mismo tiempo, correspondientes a la vía purgativa e iluminativa.

Uno de los frutos de las penitencias externas -nos dice en las adiciones- es “buscar y hallar alguna gracia o don que la persona quiere y desea, así como si desea tener interna contrición de sus pecados o llorar mucho sobre ellos o sobre las penas y dolores que Cristo nuestro Señor pasaba en su Pasión...” (E 87).

La **consolación** espiritual -dice en las primeras reglas de discreción- es asimismo “cuando (el alma) lanza lágrimas motivadas a amor de su Señor, ahora sea por el dolor de sus pecados o de la Pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza” (E 316).

Y en las contemplaciones de la sagrada Pasión, vuelve a “pedir lo que quiero... dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna, de tanta pena que Cristo pasó por mí” (E 203).

En el Diario las lágrimas corresponden plenamente a la vía unitiva, como signo de purísimo amor y de intensísimo gozo espiritual.

¡Lloraba seis o siete veces al día!

Tenía razón Miguel de Cervantes al afirmar que “por tres cosas es lícito que llore un hombre prudente: la una, por el pecado; la segunda, por el perdón; y la tercera, por estar celoso. Las demás lágrimas no dicen bien en rostro grave”.

¡San Ignacio no fue nunca un sentimental, pero sí un corazón recio y noble, celosamente enamorado de su Creador y Señor!

“A cierto propósito, estando yo presente -testigo Ribadeneira- dijo (el padre Ignacio) que le parecía que no podría vivir, si no sintiese en su alma una cosa que no era suya, ni podía serlo, ni era cosa humana, sino puramente de Dios”.

Esa “cosa”, ese “quid divinum” no era sino una santa e infusa familiaridad con Dios.

Pero la gracia mística más típica en la vida de san Ignacio fue, sin duda, el don de la “loqüela”, como él mismo la llamaba, recibido durante la celebración de la Misa.

Se trata de un raro fenómeno, cuya naturaleza el Santo nunca explicó suficientemente, y ha quedado envuelta en el misterio...

Parece ser que se trataba de palabras suavísimas, un oír interiormente una especie de habla o música celestial, generalmente mezclada con lágrimas, con una significación inteligible que sólo san Ignacio sabía penetrar.

Distingue el Santo dos especies de “loqüelas”, una externa, otra interna.

En la externa siente el deleite que le produce “el tono de la loqüela, cuanto al sonido” (D 234).

En la interna (de más valor), lo que le deleita es “la significación de las palabras y de la loqüela” (D 234).

Leamos, a modo de ejemplo, este párrafo del Diario (222):

“Las lágrimas de hoy me han parecido muy distintas de todas las anteriores, porque han brotado tan lentas, internas, suaves, tan sin estrépito o mociones grandes, que parece como si fluyeran tan de dentro, que no sé explicarlo. Tanto la loqüela interna como la externa me han empujado totalmente al amor divino y al deseo del don de la loqüela concedido por obra divina, hallándome con tanta armonía interior por la loqüela interna, que no lo puedo expresar”.

Santa Teresa también escuchó “un lenguaje tan del cielo, que aquí malamente se puede entender, por más que queramos decir, si el Señor no lo enseña por experiencia” (Vida, 26).

De manera que basta con lo dicho...

San Ignacio ha llegado a las cumbres de la mística, a la unidad armoniosa de la sabiduría experimenta; infusa, a la fruición contemplativa de la “música callada” (como diría san Juan de la Cruz), una como antesala del cielo...

Leemos en el Diario (224):

“En la Misa y después de la Misa, he tenido muchas lágrimas. Eran como las de ayer, y el enorme gusto de la loqüela interna semejaba o recordaba el de la loqüela o música celestial”.

San Ignacio había sido siempre un apasionado de la **música**, sobre todo de la música sacra, y del canto litúrgico de la misa y del Oficio de las horas, “tanto que, como él mismo me confesó -dice el P. González de Cámara en su Memorial- si acertaba a entrar en alguna iglesia cuando se celebraban estos oficios cantados, luego parecía que totalmente se enajenaba de sí”.

¡Y, sin embargo, aquella música era muy poca cosa comparada con esta música celestial!

Y así se fue apagando lentamente la vida de nuestro amadísimo patriarca, cuya alma bienaventurada vivía ya más en el cielo que en la tierra, hechos sus ojos una fuente de lágrimas por el exceso de un amor a Dios dulcemente “insoportable”, escuchando esa melodía inefable, compuesta por el Músico divino, que le embriagaba y sacaba fuera de sí.

Es significativa aquella visión en Manresa, como ya vimos, cuando, rezando el Oficio de las horas de nuestra Señora, “se le empezó a elevar el entendimiento como que veía a la Santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer” (A 28).

¿No fueron, acaso, aquellas tres teclas, símbolo de las tres divinas Personas, como el primer divino “acorde” del preludio de una sinfonía patética, apasionada?

Y, para terminar, imaginemos a san Ignacio durante aquella noche de verano, en la terraza de su casa de Roma, solo, extático y con lágrimas en los ojos, contemplando, como solía, las fulgurantes estrellas del cielo, la patria añorada, donde habita y le espera el Rey de la gloria...

¡Dejémosle así, en reverencial silencio!

¡Oh bienaventurado Ignacio, ayúdanos, te suplicamos, a seguir tus pasos, con fe y valentía, cayendo y levantando, a nosotros, pobres mortales, que todavía vivimos (como tú decías) “en la miseria de la triste vida”!

Siglas de las obras de San Ignacio:

A: Autobiografía - D: Diario espiritual - E: Ejercicios Espirituales